

—El amor es un mágico: todo lo que él toca lo convierte en oro.

—Oh! el amor es aun el mejor invento de los antiguos.

—Y de los modernos.

—Ya bebeis? os quemareis los labios.

—No está en su punto: vedlo sino.

Y Octavio presentó su taza á Aliza. Esta acababa de sentarse cerca el sofá; sus bocas no estaban lejos.

Cuando la condesa acercó sus labios á la taza, el duque acercó tambien los suyos. Las dos bocas se encontraron en la superficie del té.

—No es mejor así?

Creo que se besaron.

—Y bien señora, dijo Octavio irguiendo su cabeza: esta es la primera vez que comprendo la manera como el té puede tomarse. Nunca olvidaré este festin de nuestros labios.

Bebió hasta la última gota y arrojó la taza al fuego. Aquella obra maestra se rompió en pedazos.

—Que haceis? preguntó la condesa que se quedó sorprendida.

—No lo adivináis? respondió el señor de Parisis que habia reconocido su burlona espresion aunque endulzada por una sonrisa de voluptuosidad penetrante. Acaso hubiese permitido, señora, que otros labios hubiesen profanado esta taza? He hecho como el rey de Thulé: he arrojado mi copa al mar.

XXII.

UNA MUJER DEL GRAN MUNDO Y UNA MUJER DEL PUEBLO.

Entretanto habia dado la una de la madrugada. Habia tomado el Sr. de Parisis una segunda taza de té con la condesa? Habia la condesa á su vez echado su taza al fuego para acabar el sacrificio y guardar un recuerdo mas vivo de aquella hora de amor?

Se ignora.

Se nos ha dicho unicamente que perdió en aquella y ven uno de sus chapines color de rosa y que su marido al entrar lo habia encontrado en la escalera, lo cual probaba que habia acompañado sin luz á Octavio. Pero esto no nos concierne.

Si la señora de Entraygues hubiese conducido mas lejos al mancebo, hubiera asistido á otra escena amorosa.

Luego que la puerta se abrió, Octavio encontró á Violeta echada en el suelo. Un presentimiento hubo de cruzar por su alma: se inclinó y vió un reguero de sangre que habia brotado en su vestido.

—Violeta! exclamó el jóven.

Violeta no contestó.

Los plátanos agitados por un viento borrascoso paseaban alternativamente la sombra y la luz; mas de pronto habiendo cruzado una nube, la luna esparció sobre Violeta su plateada blancura.

Octavio se precipitó y levantó la jóven en sus brazos.

—Violeta! Violeta! Heme aquí; soy yo quien te habla; dime que me oyes!

Violeta no dijo una palabra.

El duque la besaba y seguía hablando: ella tenía sus labios tibios y la frente helada.

Mi querida Violeta ya sabes que te amo!

Octavio quería á Violeta. No necesito improvisar un curso de estética sobre las pasiones del alma para demostrar que desde los siglos de decadencia, es decir desde el comenzamiento del mundo, el amor vive de contrastes y que la ley primordial del corazón consiste en conquistar, ó bien en ser vencido.

Octavio acababa de adorar á la señora de Entraygues y amaba á Violeta.

Un hombre bien dotado cual él es un hijo pródigo que arroja el oro á manos llenas sin agotar su fortuna. El duque arrojaba su juventud, arrojaba su alma, arrojaba su corazón. Con frecuencia en las horas de pasión había dicho á las mujeres: «Estoy predestinado á amar, á amar hasta la muerte.» Y las mujeres le habían respondido: «Estais predestinado á ser amado.»

Y el jóven amaba y era amado como si nada mas

tuviese que hacer, sin que jamás perdiera su tiempo. Este es el privilegio de algunos hombres muy conocidos en Paris. Las mujeres no se engañan, ellas que son como las ovejas de Panurgo; las mujeres prefieren morder la manzana ajena antes que la suya propia. Hablo de las mugeres que simbolizan esas bacantes de la fábula triturando á un mismo tiempo bajo sus dientes golosos el racimo que les proporciona la fauna. A Dios gracias conozco mas de una jóven que coge su manzana á hurtadillas y huye bajo el ramaje protector para saborearla á su gusto.

El Sr. de Parisis amaba pues á Violeta. Había conquistado á la condesa con un vago sentimiento de orgullo, pero en aquella fiesta solo se había interesado su cabeza. No es siempre el corazón el que hace mover los labios: el amor mas elocuente brota siempre de la fantasía. Cuando Salomon dijo: «La mujer es amarga,» tradujo el grito del espíritu humano pero no del corazón del hombre. Si hubiese encontrado en su palacio, entre sus setecientas mujeres, una mujer valiente, un corazón de oro como el de Violeta, quizá hubiese lanzado otro grito á través de los siglos. Pero la mujer de la Biblia no era aun la mujer del Evangelio; el alma no había domado el cuerpo, el sentimiento no había devorado el corazón.

Hoy hay muchas Violetas que se matan heroicamente por sus pasiones. Corazones débiles! esclaman los filósofos y los moralistas. Almas valientes se puede decir mas bien, de todas esas falanges enamoradas

que los celos ó la desesperacion ha lanzado en el abismo.

Octavio desató el corsé de Violeta. Encontró á su lado un pequeño revólver, este dije que ella habia formalmente empuñado.

—Es posible! exclamó el jóven.

El Sr. de Parisis, miéntras hablaba á Violeta, habia llamado por dos veces al cochero. En el instante en que los caballos llegaban frente al palacio de Entraygues, Octavio colocaba á Violeta sobre el banco mas cercano de la avenida. Su cuerpo estaba flojo, con esa adorada flojedad de la rosa, como una mujer dormida con los brazos colgando y la cabeza echada hácia atras.

—Que es lo que ha hecho, Dios mio, que es lo que ha hecho! dijo Parisis.

Cuando se halló sobre el banco Violeta se agitó débilmente.

—Que Dios sea loado! exclamó Octavio.

Hubiese cedido diez años de su vida para ver vivir á Violeta por espacio de diez minutos: hubiese aceptado que la herida hubiese sido mortal con tal de que la hubiese oido decir que ella le amaba.

—Me muero! me muero! balbuceó la jóven con voz entrecortada: pero no lo digais á mi madre.

La pobre violeta no recordaba que su madre habia muerto.

—Violeta! tu no morirás, Violeta! Yo te amo y te salvaré.

—No: estoy herida en el corazon.

—Cuando el corazon está herido no se habla de su madre.

En aquel instante un coche llegaba por la calle de Courcelles.

Era el carruage del Sr. de Entraygues que por casualidad volvia á su palacio antes de que brillase la aurora.

Esto merece una esplicacion.

En aquel dia el señor de Entraygues, llamado del club á la Casa de Oro habia encontrado en esta algunas jóvenes. Habia bebido con ellas—no precisamente en viejos Sevres—y no pudiendo embriagarse en el amor se habia embriagado en el Champagne. El conde, por animal que fuese, habia comprendido entre los vapores del vino que no le convenia jugar y que de jugar perderia lo que llevaba ganado. He aquí, pues, porque volvia á su casa.

Al bajar del coche reconoció el de Octavio. Se acercó dando traspiés y vió al duque que levantaba á Violeta.

—Que es esto? preguntó.

—Esto, dijo Parisis, sin que se inquietase por la presencia del conde, esto es una mujer que se encuentra mala.

El señor de Entraygues sintió celos en un principio; mas luego, viendo que no era su mujer, se contentó con decir á Octavio:

—Diablo, querido! cazais de noche y en mis tierras como un cazador furtivo; verdad es que vengo de ca-

zar en las vuestras. Vuestras amiguitas me han hecho beber mas de lo que era menester y casi no acierto á sostenerme.

—Pues bien: id á acostaros, dijo Octavio.

El conde que en su embriaguez vacilaba, irguió su cabeza y replicó:—Iré si quiero! parece que no quereis ser interrumpido en vuestras citas nocturnas.

—Vos si que estais nocturno. Vuestra mujer os aguarda.

El duque habia vuelto á coger á Violeta para trasladarla al coche.

—Mi mujer me aguarda! Acaso os lo ha dicho ella?

—Sí. No perdais tiempo; quizá vá á moveros un escándalo.

Celoso el conde como un tigre, cogió el brazo de Octavio que iba á subir en el coche de Violeta.

—Sabeis, querido, dijo, que yo no acostumbro á reirme despues de la media noche?

—Sabeis, replicó Octavio furioso, que os prohibo decir una palabra mas, á menos que no encontreis una frase chispeante?

—Una frase chispeante! no soy tan bestia. La prueba está en que veo perfectamente que vos no habeis traído esta mujer sino para ocultar mejor vuestro juego. Venís de casa mi esposa.

—La verdad en el vino, pensó Octavio. Querido mio, dijo en voz alta: id á ver si estoy en ella.

—Sí, caballero, y lo romperé todo y echaré la mujer por la ventana.

Viéndole montado en cólera, Octavio hubiese querido poder recoger las frases que habia soltado. Le constaba que era capaz de cometer todas las locuras y todas las tonterías.

—Veamos, dijo, volved en vos y no os deis un espectáculo á la luna: entrad silenciosamente en vuestra casa y sobre todo no digais á vuestra mujer lo que ha ocurrido en frente de esta puerta. Acaso, mi buen amigo, no conoceis á esta pobre mujer que está aquí bañada en sangre?

El conde se acercó.

—Como he de conocerla? Vos la ocultais.

—Es vuestra querida.

—Cual?

Esta pregunta salió del fondo de su corazon.

—No sé cual, pero la he encontrado aquí, cuando volvia del boulevard Malesherbes, con un revolver sangriento á sus pies. Tomad: hele aquí!

Y Octavio dió aquél dije al conde sin que supiese porque.

—Adios, querido: no digais una palabra de esto á la señora de Entraygues y no os sirvais de este revolver contra vos mismo.

—Pobre niña! dijo el conde con lágrimas de vino en sus ojos.

Y vacilando por su embriaguez y lleno de emocion se levantó sobre sus piés á fin de ver á Violeta.

—Como se llama? preguntó.

Pero á una señal de Octavio los caballos partieron al galope.

—Pobre niña! repitió el conde; no he ocasionado ya otras desgracias cual esta?

Contempló el arma bajo el reverbero.

—Cierdo que está manchada en sangre! dijo. Es una alhaja. Mañana la enseñaré á mis amigos.

En aquel instante la señora de Entraygues que habia presenciado, llena de ansiedad, esta escena desde su balcon, se atrevió á pronunciar este nombre de pila:

—Fernando!

El conde olvidó que estaba ébrio y se dirigió con pié algo mas seguro hácia el balcon.

Al nombre de Fernando, él respondió con el de Aliza.

—Qué estais haciendo, amigo mio?

Y como si fuese un eco de su voz, el conde preguntó:

—Qué estais haciendo, amiga mia?

Como se comprende, la señora de Entraygues respondió lo siguiente:

—Os esperaba.

Esta frase fué arrojada desde el balcon como una limosna sobre un mendigo. Fernando recogió estas palabras de oro y murmuró:

—Decididamente no merezco tanta dicha. Hace mucho que estais aquí, Aliza?

—Nó, acabo de abrir la ventana, dijo la condesa.

—Entonces no habreis visto como ese loco de Parisis se llevaba una mujer?

—Nó, amigo mio. Adios, me muero de sueño. No llameis á mi puerta.

Esta escena íntima ocurría en plena avenida; pero las estrellas eran sus únicos testigos. En la vecindad no habia un alma. Bueno es alojarse en la avenida de la Reina Hortensia cuando los maridos parten para la Siria.

Todas las mujeres han comprendido esta frase: «No llameis á mi puerta.»

Cuando el señor de Parisis dijo al marido: «Id á ver si estoy en casa de vuestra mujer» sabia bien que estaba en ella. El amor tiene esto de bueno en sus encantos, que permite al enamorado ó á la enamorada guardar la imágen querida. Cuando la mujer ama no está sola, escepto cuando el marido va á llamar á su puerta.